
E S T U D I O S

**Jorge Carrera Andrade,
poeta del hombre**

ENRIQUE OJEDA

Boston College, Estados Unidos

RESUMEN

El autor lee a Carrera Andrade como un creador surgido en el quiebre de los presupuestos, ideologías y esperanzas del siglo XIX e inicios del XX, más plagado de incertidumbres que de certezas. Acaso el rasgo autobiográfico de su poesía, y su apego a una temática múltiple –no apartada nunca del desciframiento de los sentidos de lo pequeño– han oscurecido la intención del autor de reflexionar sobre la condición y el destino del hombre moderno. Cercano al existencialismo, en tanto filosofía develadora de la fragilidad y soledad humanas, de la futilidad de sus construcciones intelectuales, Carrera fue testigo –en un siglo de confrontaciones– «de la fealdad triunfante y la libertad encadenada». El poeta describe tres atributos definitorios del hombre moderno: soledad, imposibilidad de ser libre, y su condición de desterrado. Plantea Carrera que estas condiciones ontológicas de soledad y de ser prisionero no se agotarían en el hombre, sino que conformarían también a otros seres y objetos del universo. El destierro aludiría no solo a la condición literal del exiliado, sino también a la ausencia de un hogar espiritual; aunque, en relación a este punto, parece arribar a una cierta conciliación mediante la idea de que es posible trascender la finitud del individuo en la pervivencia de la humanidad entera –destino común el del «hombre planetario», cantado por el poeta a pesar de su soledad y sus prisiones.

PALABRAS CLAVE: existencialismo, Jorge Carrera Andrade, Rilke, Kierkegaard, Heidegger, exilio, prisión, destierro.

SUMMARY

The author offers an analysis of Carrera Andrade as a creator who rose amidst the brake down of budgets, ideologies and hopes of the 19th century and at the beginning of the 20th, which is more plagued with uncertainties than certainties. Perhaps the autobiographical trait of his poetry, and his attachment to a multiple subject matter –never separated from the deciphering of the senses of all that is small– have clouded the author's intention to reflect on the condition and destiny of modern man. Close to existentialism, in relation to a revealing philosophy of human fragility and solitude, of the futility of their intellectual constructions, Carrera was witness –in a century of confrontations– «of the triumphant ugliness and chained freedom». The poet describes three defining attributes of modern man: loneliness, impossibility to be free, and his exiled state. Carrera suggests that these ontological conditions of loneliness and imprisonment would not become extinct in man, but that they would adjust also to other beings and objects of the universe. Banishment would allude not only to the literal condition of the exiled, but also to the absence of a spiritual home; although in relation to this point, it would appear to arrive at a certain conciliation through the idea that it is possible to transcend the finiteness of the individual in the survival of humanity as a whole –a common destiny of the «planetary man,» sung by the poet in spite of his loneliness and his prisons.

KEY WORDS: existentialism, Jorge Carrera Andrade, Rilke, Kierkegaard, Heidegger, exile, prison, banishment.

SI SE CONSIDERA la época en que vivió Jorge Carrera Andrade y se atiende a las circunstancias personales de su existencia, se puede concluir que pocos escritores hispanoamericanos han experimentado tan descarnadamente las vicisitudes de nuestro tiempo plagado de aflicciones e incertidumbres. En efecto, nacido en 1902, su infancia transcurrió en años en que la revolución liberal se impuso en el horizonte patrio, alterando radicalmente la vida nacional. Hijo de padre liberal, Carrera Andrade fue liberal en su primera juventud, para luego intervenir activamente en la fundación del Partido Socialista Ecuatoriano. Durante su primer recorrido por Europa (1928-1933) fue testigo de las agitaciones políticas y sociales que conmovieron por entonces a ese continente y vivió en España en los tormentosos años de la Segunda República. Su primer nombramiento diplomático lo llevó a Francia (1934-1938) en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Trasladado al Japón (1938-1940) pudo informar al gobierno del Ecuador de los movimientos expansionistas de esa potencia que se preparaba a iniciar las hostilidades contra los Estados Unidos. Posteriores destinos diplomáticos lo llevaron a Europa en años en que el viejo continente apenas se reponía de la hecatombe que fue la Segunda Guerra Mundial y vivía el difícil período de la Guerra Fría.

A estas circunstancias de orden exterior hay que añadir los condicionamientos espirituales que tempranamente modelaron la personalidad del poeta y que se manifiestan a lo largo de toda su evolución creadora. Carrera Andrade y su obra surgen en la frontera de una nueva época. Atrás queda el universo jerarquizado de Andrés Bello, de José Joaquín Olmedo y aun puede decirse de Rubén Darío (Martí sintió ya los vendavales de los nuevos tiempos), de Juan León Mera, de Honorato Vásquez, de Remigio Crespo Toral y de otros escritores creyentes. Carrera Andrade perdió la fe tempranamente y puede afirmarse de su obra lo que Paul Claudel dijo de la lírica francesa del siglo XX: que ella surgió de la sombra que deja la ausencia de Dios. Carrera Andrade tuvo clara conciencia de esta transformación. En su artículo «El destino de nuestra generación», afirmó que la generación nueva «se encontraba colocada entre dos mundos: uno que muere y otro que nace. O sea, entre la prolongación ya insostenible del contenido ideológico del siglo XIX y la preparación del porvenir».¹ Ahora bien, entre sus preocupaciones, figura en primer término el concepto del hombre contemporáneo. En el poema «Boletín de viaje» que abre su volumen de versos *Boletines de mar y tierra* afirma: «Descubrí al hombre, entonces / comprendí mi mensaje».² Cabe preguntar qué clase de hombre descubrió el joven poeta y cuál es el mensaje que declaró comprender. Una atenta relectura de su *Obra poética completa*³ tal vez pueda resolver estos interrogantes. Es lo que se intenta en estas páginas.

Hay, sin embargo, en la poesía de Carrera Andrade dos características que pueden menoscabar el aprecio de su meditación sobre el hombre. La una es la abundancia y variedad temática de su obra, pues él es el cantor de las cosas, de los viajes, de las ciudades, de los pájaros, de las horas, de los climas, del agua, de la luz y en fin de la naturaleza en su inconmensurable diversidad. La segunda es la frescura, originalidad y belleza encantadoras de su lenguaje metafórico que seducen al lector, distrayendo su atención de las graves consideraciones que conllevan muchas de sus estrofas. Vladimiro Rivas Iturralde en el prólogo de su excelente *Antología* de la poesía de Carrera

-
1. Jorge Carrera Andrade, «El destino de nuestra generación», en *Élan*, No. 4-5, Quito, marzo-abril de 1932, p. 101.
 2. Jorge Carrera Andrade, *Boletines de mar y tierra*, prólogo de Gabriela Mistral, Barcelona, Editorial Cervantes, 1930, p. 22.
 3. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1976.

Andrade afirma: «No hay pensamientos memorables en la poesía de Carrera Andrade: nada hay entre el objeto visto y la mirada sino otro objeto verbal». Y se refiere a la «pasión de miniaturista, de acuarelista» del autor.⁴ No se puede negar el carácter eminentemente visual de la poesía de Carrera Andrade («He vivido para ver», declaró) ni el que algunos de sus poemas sean puras reverberaciones estéticas. Es el caso de «Juegos de agua» (*Obra poética completa*, 431). Mas temo que se ha insistido demasiado en ello, en su inclinación casi obsesiva por el tema de las cosas y el simbolismo de la ventana, olvidando que el poeta se refirió a su obra como «una tentativa de un viaje al fondo de la tierra» y «un viaje al fondo del hombre» y afirmó: «Del hombre geográfico que fui en mi juventud me transformé paulatinamente en un ser de profundidades; en un ser filosófico y un ser histórico».⁵ Por ello no creo justo reducir a Carrera Andrade a la categoría de pintor con palabras –como parece insinuar Rivas–. Por otra parte, es de singular ayuda el carácter autobiográfico de su poesía («Mis poemas son visuales como una colección de estampas o pinturas que integran una autobiografía apasionada y nostálgica. En cada uno de mis poemas hay múltiples elementos autobiográficos», «Mi vida en poemas».⁶ A través de un sondeo íntimo va configurando en sus estrofas al ser humano de nuestros días. De extraordinario valor son también los tres ensayos autocríticos: «Edades de mi poesía», «Mi vida en poemas» y «Década de mi poesía» en los que cumple una exégesis de los diversos períodos de su obra, iluminando los textos con admirable clarividencia.

Las breves consideraciones que siguen, basadas en ciertos poemas claves, intentan manifestar que Carrera Andrade, a lo largo de su creación literaria, estuvo intensamente preocupado por el tema del hombre. Y tal vez lo que mejor defina la posición de Carrera Andrade a este respecto sea la filosofía existencialista. No se quiere decir que la haya profesado sistemáticamente. Pero no hay que olvidar que en su primer viaje a Europa el joven poeta descubrió la obra de Kierkegaard, padre del existencialismo europeo: «En el barco leo y comprendo *Soledad y sociedad* de Soren Kierkegaard».⁷

4. Jorge Carrera Andrade, *Antología poética*, selección y prólogo de Vladimiro Rivas Iturralde, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 8.

5. Jorge Carrera Andrade, *Interpretaciones hispanoamericanas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967, p. 85.

6. *Ibíd.*, p. 69.

7. Jorge Carrera Andrade, *Latitudes*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1934, pp. 8-9.

Este pensador danés había inspirado a los filósofos existencialistas Heidegger y Jaspers y al poeta Rainer Maria Rilke quien sintió por él una admiración rayana en culto. «Yo nunca le había leído mucho –afirmó el poeta de Praga refiriéndose a Kierkegaard–, no se puede hojearlo por distracción; leerle significa vivir en él. Es *pathos*, voz y paisaje solitario, una llamada infinita al corazón, un dictado, un trueno y un silencio, como el silencio de las flores».⁸ Carrera Andrade publicó en 1948 su estudio «Aspectos del existencialismo» en el que afirmaba que éste «descubrió la sordidez humana, la fragilidad de las construcciones intelectuales y morales y la certidumbre de que el hombre está aislado». Aunque estuvo de acuerdo con estas experiencias del existencialismo no aceptó otros de sus postulados porque [el existencialismo] «reduce nuestro horizonte espiritual y trata de sepultar los impulsos generosos, exaltar el egoísmo sin freno y sacrificar el sentimiento noble de la solidaridad humana».⁹ Importa resaltar estos conceptos que el poeta ecuatoriano define como existencialistas: «la fragilidad de las construcciones intelectuales y morales» y «la certidumbre de que el hombre está aislado» pues serán temas omnipresentes en su obra. En efecto, en la madurez de su quehacer literario, en el «Ensayo autocrítico» leído en Columbia University en 1960 volvió sobre ellos, esta vez concebidos en términos de la más intensa intimidad:

En Berlín, París, Londres y Nueva York se fue acentuando mi convencimiento de la fugacidad de las cosas terrestres, de la frágil condición del hombre encerrado dentro de su cuerpo en esa ardiente túnica de Neso de sus sentidos, de la limitación e incomunicabilidad de la mente humana y de la victoria irremediable de la soledad.¹⁰

LA ZOZOBRA DE LA VIDA

El existencialismo parte del descubrimiento de la zozobra y riesgo que amenazan toda vida humana, del sentimiento de inseguridad, de estar «expuestos», de «estar arrojados» (Heidegger), es decir indefensos ante los pavorosos embates de la vida. Criado en una familia patriarcal que lo rodeó

8. Otto F. Bollnow, *Rilke*, trad. Jaime Ferreira Alemparte, Madrid, Taurus, 1963, p. 36.

9. Jorge Carrera Andrade, «Aspectos del existencialismo», en *Repertorio Americano*, vol. XLIII, No. 1044, Costa Rica, 1948, p. 260.

10. Jorge Carrera Andrade, *Interpretaciones hispanoamericanas*, pp. 76-77.

de ternura y protección, según el poeta lo expresó bellamente en «Familia de la noche», y viviendo en una ciudad apacible «que poseía la tranquilidad de agua estancada»¹¹ parece haber estado poco expuesto a estos sentimientos de zozobra. No obstante, en su autobiografía relata cómo, a la temprana edad de nueve años, presencié el convoy de automóviles que llevaban al general Alfaro, al hermano de éste y otros de sus partidarios al Panóptico el día en que iban a ser inmolados. Una descarga de fusilería sorprendió al niño: «Me encontré sin saber cómo extendido junto a un hombre de cuya frente manaba la sangre en abundancia. Aterrado me levanté y escapé corriendo sin detenerme [...]».¹² Esta prematura confrontación con la muerte se repitió en su juventud; primero con la intempestiva desaparición de los poetas modernistas Arturo Borja y Medardo Ángel Silva; luego con el inesperado fallecimiento de los jóvenes literatos Luis Aníbal Sánchez y Gonzalo Pozo que habían colaborado con él en la revista por ellos fundada, *La Idea*. En su obra, el poema «Tribulación de agosto» de *La guirnalda del silencio* (1926)¹³ expresa el carácter insidioso e inesperado de la muerte:

LEONARDO: Entre el saltar matinal de los perros,
mientras ibas de caza por ocultos senderos
¡oh Dios! se ha disparado sola tu carabina
y sobre el césped húmedo, tu cuerpo está sin vida.

Esta breve composición termina con una típica ironía existencialista: «Un gorrion niño, sobre la carabina, canta».¹⁴ Cabe preguntar si estos versos, en los que se percibe tan intensa intimación de la muerte, fueron inspirados por un hecho real. Lo que sí puede afirmarse es que, en el contexto de este su segundo poemario, esta composición disuena por la angustia expresada ante la inesperada irrupción de la muerte.

Pero es la composición «Morada terrestre», que data de 1937, la que revela, como ningún otro texto, el terror que sobreviene al ser humano ante la incertidumbre del final acabamiento:

11. *Ibíd.*, p. 74.

12. Jorge Carrera Andrade, *El volcán y el colibrí. Autobiografía*, Puebla, Cajica, 1970, p. 23.

13. Jorge Carrera Andrade, *La guirnalda del silencio*, Quito, Imprenta Nacional, 1926.

14. *Ibíd.*, pp. 15-16.

Habito un edificio de naipes,
una casa de arena, un castillo en el aire,
y paso los minutos esperando
el derrumbe del muro, la llegada del rayo,
el correo celeste con la final noticia,
la sentencia que vuela en una avispa,
la orden como un látigo de sangre
dispersando en el viento una ceniza de ángeles.¹⁵

Este poema de *Biografía para uso de los pájaros*, en su brevedad, recuerda la angustia que Rilke expresó extensa y complejamente en su novela *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, terminada en 1910 y que es uno de los textos clásicos del existencialismo europeo (Heidegger declaró que en su obra, no hizo otra cosa que poner en términos filosóficos los conceptos subyacentes en los escritos de Rilke). Se ha dicho que uno de los principios existencialistas es la conciencia de la frágil condición del hombre. «La alquimia vital» del mismo poemario,¹⁶ describe con atroz realismo y mortal angustia la lenta e irremediable anihilación a que el avance de la edad nos condena. Sorprende este poema tanto más cuanto fue escrito cuando su autor contaba solo 35 años:

Un viejo vive en mí fabricando mi muerte.
A su soplo se tornan en ceniza los años.
Los frutos descomponen sus azúcares
y la escarcha visita mi laberinto orgánico.

Viento, agujas y pálidas sustancias
manipula este huésped emboscado.
A veces, mientras duermo, se escucha un dulce líquido
que se vierte en un cántaro.

Ha bañado mi piel con su amarilla química.
Ha moderado el clima de mi mano.
En lugar de mi rostro, el suyo con arrugas
en los espejos hallo.

15. Jorge Carrera Andrade, *Biografía para uso de los pájaros*, París, Cuadernos del Hombre Nuevo, 1937, p. 41.

16. *Ibid.*, pp. 31-32.

Conspira en lo más hondo
 –donde la entraña tiembla como un animal fatigado–
 y entre verdes sustancias y retortas de hielo
 fabricando mi muerte deja pasar los años.

«EL HOMBRE ESCÉPTICO Y LAMENTABLE»

En el mismo poemario, *Biografía para uso de los pájaros*, que data de 1937, inicia el primer poema del mismo título con los conocidos versos: «Nací en el siglo de la defunción de la rosa / cuando el motor ya había ahuyentado a los ángeles». Explica el autor: «El motor –o sea la civilización mecánica– había venido a reemplazar a la rosa, que en todos los tiempos ha sido el símbolo de la belleza pura. Además, los ángeles –las creencias inocentes y sencillas– habían abandonado la tierra ante la aparición de la máquina».¹⁷ Diez años más tarde, o sea en 1947, apareció en Quito otro brevísimo poemario –apenas tiene 20 páginas– titulado *El visitante de niebla y otros poemas*.¹⁸ Entre las siete composiciones figura «Juan sin cielo», una de las más conocidas de Carrera Andrade, en la que desarrolla el concepto expresado en los dos versos arriba citados. Las diez estrofas que lo componen están estructuradas con perfecta simetría: las cinco primeras enumeran simbólicamente los bienes que el hombre poseía en el pasado: «–un gran lote de nubes era mío–»... «Mi hacienda era el espacio sin linderos» ... «Mi granero de par en par abierto / con mieses y naranjas de alegría». Las otras cinco estrofas hablan del despojo del hombre contemporáneo, de «Juan Desposeído»:

Mercaderes de espejos, cazadores
 de ángeles llegaron con su espada
 y, a cambio de mi hacienda –mar de flores–
 me dieron abalorios, humo, nada...

Es solo un peso azul lo que ha quedado
 sobre mis hombros, cúpula de hielo...
 Soy Juan y nada más, el desolado
 herido universal, soy Juan sin Cielo.

17. Jorge Carrera Andrade, *Interpretaciones hispanoamericanas*, p. 70.

18. Jorge Carrera Andrade, *El visitante de niebla y otros poemas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1947, pp. 15-17.

El simbolismo de esta composición es claro. Carrera Andrade representa en este personaje a la humanidad entera, pues el primer verso dice: «Juan me llamo, Juan Todos...». El hombre contemporáneo ha perdido su herencia, engañado por los agentes falsos de las nuevas doctrinas. Y para que el mensaje sea más diáfano, el mismo autor nos ofrece una lectura personal del poema:

Era el tiempo de las elegías. Mi anuncio profético de hacía diez años se había cumplido, y el «fuego del cielo» había dejado muchas ciudades en ruinas... Mi idea de la fugacidad de las cosas terrestres se reafirmó con este espectáculo.

Entre las ruinas, salió a mi encuentro Juan sin Cielo, el «desolado herido universal», imagen del hombre contemporáneo que había perdido todas sus posesiones, su «tesoro de siglos» —o sea sus principios, sus creencias, sus esperanzas— por haber creído en la fuerza y haberse dejado seducir por el nuevo materialismo predicado por los «mercaderes de espejos y verdugos de cisnes».¹⁹

En el «Ensayo autocrítico» leído en la Universidad de Columbia en 1960 volvió sobre este juicio del hombre contemporáneo:

Pero, en realidad, el hombre moderno, desposeído y errante en muchos países, había perdido el pasado y el porvenir, había sido desterrado de la eternidad y era tan solo un despojo del presente afanoso y fugaz. Intenté simbolizar en un personaje arquetípico, al que llamé «Juan sin Cielo» el hombre escéptico y lamentable de nuestros días. Juan sin Tierra había perdido sus posiciones reales, pero Juan sin Cielo había perdido el reino paradisíaco de la felicidad y de las creencias sencillas y sufría en su carne las heridas causadas a los otros hombres porque él era «Juan Todos los Hombres».²⁰

«Los mercaderes de espejos y verdugos de cisnes» reaparecen en el poema «Los terrícolas» de *Poesía última*.²¹ En las seis estrofas Carrera

19. Jorge Carrera Andrade, «Edades de mi poesía», en *Edades poéticas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. XXI.

20. Jorge Carrera Andrade, *Interpretaciones hispanoamericanas*, p. 81.

21. Jorge Carrera Andrade, *Poesía última*, New York, Las Americas Publishing Company, 1968, pp. 106-107.

Andrade habla del «Crepúsculo del Hombre / sitiado por millares de terrícolas» que acosan a los últimos seres humanos:

Terrícolas iguales en su gesto y ropaje
y por dentro vacíos,
negadores del sol, seres de sombra,
falanges del bostezo y del olvido,
sublevación inmensa
contra el Hombre y su mundo de amor y maravilla
para instaurar el reino de las Palabras Huecas.

En el discurso «El poeta testigo de su tiempo», pronunciado en París el 9 de septiembre de 1960 en ocasión de un homenaje que se le ofreciera, se refirió a «este mundo convulsionado y escéptico, cada vez más mecánico y materialista» y declaró:

Pertenezco a una generación desilusionada que ha visto derrumbarse, una tras otra, sus más audaces construcciones. Los adolescentes hispanoamericanos que en 1914-1918 nos suponíamos herederos de un espléndido patrimonio espiritual, legado por Francia y otros países de Europa, vimos cómo los corceles de la guerra pisoteaban los más sagrados principios, las más nobles ideas y cómo la sangre mancillaba los dominios más recoletos de la cultura. Nosotros creíamos en los valores de la libertad y de la belleza, pero contemplamos la fealdad triunfante y la libertad encadenada.²²

ATRIBUTOS DEFINITORIOS DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

Se advierten en la obra de Carrera Andrade ciertas figuraciones plásticas de las que se sirve para, en la forma más expresiva, configurar al hombre contemporáneo y señalar su destino. Estas representaciones, al reaparecer a lo largo de su obra, se convierten en atributos definitorios, es decir, modalidades inherentes a la esencia del ser humano. Si en un principio éstas aparecen mencionadas de paso en los poemas tempranos, se intensifican y

22. Jorge Carrera Andrade, «El poeta testigo de su tiempo», en *Letras del Ecuador*, Quito, No. 119, 1960, p. 28.

tornan más complejas en las composiciones de madurez. Entre otras varias se escogen aquí tres por ser las que más destacan a lo largo de su creación lírica: 1) el hombre aquejado de soledad; 2) el hombre prisionero; 3) el hombre desterrado.

LA SOLEDAD

Es durante su primera peregrinación por Europa cuando descubre la soledad y se enfrenta con ella. Si en un principio sus viajes por las capitales de ese continente constituyeron «un tiempo de amor humano, una estación de sol y dulzura vital que hacía ligero y amable el dibujo de las ciudades extranjeras» pronto descubrió que «entre los edificios públicos, los monumentos, los parques y las casas el aire del mundo no era sino una gran soledad en conserva».²³ No sorprende que el poeta «desposeído, extranjero, ignorante de los idiomas comerciales de los hombres, encerrado en su ‘morada terrestre’»²⁴ se sintiera solo y levantara esa gran elegía al hombre condenado al aislamiento que es el poema «Soledad de las ciudades» con el que se abre *El tiempo manual*.²⁵ Este poema había aparecido tres años antes en la revista *América* de Quito,²⁶ y expresó en sus patéticas estrofas la incomunicación de que está transida la naturaleza: «No hay norte ni sur, este ni oeste, / solo existe la soledad multiplicada, / la soledad dividida para una cifra de hombres». Aislamiento ontológico del que participan no solo los seres humanos sino también todos los elementos del universo:

La carrera del tiempo en el circo del reloj,
el ombligo luminoso de los tranvías,
las campanas de hombros atléticos,
los muros que deletrean dos o tres palabras de color
están hechos de una materia solitaria.

En esta meditación melancólica insiste en dar consistencia metafísica a la soledad:

23. Jorge Carrera Andrade, *Edades poéticas*, p. 14.

24. *Ibid.*, p. XVIII.

25. Jorge Carrera Andrade, *El tiempo manual*, Madrid, Ediciones Literatura, 1935, pp. 11-13.

26. Jorge Carrera Andrade, «Soledad de las ciudades», en *América*, año VII, No. 48, enero-febrero de 1932, pp. 69-70.

La soledad es ciertamente la desembocadura final de nuestro planeta. Es igualmente la materia prima de que están hechas todas las cosas. Es madre de los elementos y de las formas efímeras. El río es una soledad de agua. El viento, una soledad errante en el espacio. Todo es una afirmación de la gran soledad de la tierra.

El patetismo del poema se intensifica con el apóstrofe lírico: «¿Dónde estuviste, soledad, / que no te conocí hasta los veinte años? / En los trenes, los espejos y las fotografías / siempre estás a mi lado» y la conclusión, tanto más expresiva cuanto más lacónica: «Todo se ha inventado. / Mas no hay nada que pueda librarnos de la soledad».

La soledad reaparece casi obsesivamente a lo largo de la poesía de Carrera Andrade. Así en «Soledad habitada», título que puede considerarse un oxímoron, de *País secreto*:²⁷

La soledad marina que convoca a los peces,
la soledad del cielo, herida por las alas,
se prolongan en ti sobre la tierra
soledad despoblada, soledad habitada.

Te hallas en todas partes, Soledad
única patria humana.
Todos tus habitantes llevamos en el pecho
extendido tu gris, inmensurable mapa.

Obsérvese que también en este poema se usa la figura retórica del apóstrofe lírico. «Soledad y gaviota» es otro poema de *País secreto*,²⁸ menos melancólico que los anteriores y tal vez más poético por el aire ligero, casi juguetón que irradian los versos de arte menor y la rima consonante:

Cuaderno albo del mar
la gaviota o mensaje
se despliega al volar
en dos hojas de viaje.

27. Jorge Carrera Andrade, «Soledad habitada», en *País secreto*, incluido en *Obra poética completa*, p. 286.

28. *Ibíd.*, p. 277.

Su marítima hermana
la soledad, la mira
y, en una espera vana,
en la costa suspira

A más de estas composiciones dedicadas al tema de la soledad, hay varios versos en otros poemas en los que el tema reaparece casi siempre con una connotación melancólica. Así en «IIIa clase» de *El tiempo manual*: «Todo es apariencia, signo, tránsito... La misma soledad hospedada en los huesos». ²⁹ «La soledad bostezaba en la huerta arrasada». ³⁰ «¿De qué sirve embarcarnos en una guitarra / canoa de la soledad / –de la soledad salida de madre...?» ³¹ «En los más distintos idiomas / solo aprendí la soledad». ³² «El país del exilio no tiene árboles. / Es una inmensa soledad de arena». ³³ «La soledad y el silencio / llegan a entenderse un día... Nadie llama a nuestra puerta / para hacernos compañía. / Nadie contempla en la noche / nuestra lámpara encendida. / ... Toda la miel que fabrica / nuestro corazón de abeja / nadie quiere consumirla». ³⁴ «Pese al gran número de sus semejantes –afirmó en *Interpretaciones hispanoamericanas*, p. 77– el hombre se siente encadenado y perseguido por la soledad». Y si bien es cierto que «el concepto parmenídeo del ser ‘circundado de límites’ constituía para mí una filosofía de la desesperanza que reafirmaba mi sentimiento de la soledad humana», también es verdad que «la soledad es paradójicamente la mejor escuela de compasión por los que sufren, por los desheredados de la tierra y por todos los seres indefensos». ³⁵

LA PRISIÓN

Si «Soledad de las ciudades» es el gran poema de la soledad, también lo es de la prisión. Una imagen extraordinariamente gráfica representa en la primera estrofa al hombre condenado a cadena perpetua:

29. Jorge Carrera Andrade, *El tiempo manual*, p. 19.

30. Jorge Carrera Andrade, *Edades poéticas*, p. XXIV

31. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, p. 346.

32. *Ibíd.*, p. 350.

33. Jorge Carrera Andrade, *Libre de l' exile*, Dakar, Centre de Hautes Etudes Afro-Ibero-Americaines de l' Université de Dakar, No. 13, 1970, p. 22.

34. Jorge Carrera Andrade, «Nadie», en *Obra poética completa*, pp. 594-595.

35. *Ibíd.*

Sin conocer mi número.
 Cercado de murallas y de límites.
 Con una luna de forzado,
 y atada a mi tobillo una sombra perpetua.

Fronteras vivas se levantan
 a un paso de mis pasos.³⁶

El poema VI de «Dictado por el agua»,³⁷ lo mismo que en la estrofa anterior, expresa en primera persona esa condición de prisionero del hombre actual:

Mas, cumplo cada día,
 Capitán del color, antiguo amigo
 de la tierra, mi límpido castigo.
 Soy a la vez cautivo y carcelero
 de esta celda de cal que anda conmigo,
 de la que, oh muerte, guardas el llavero.

A fines de 1947 Carrera Andrade partió a Londres como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante la Corte de Gran Bretaña. La ciudad exhibía aún las ruinas producidas por los bombardeos, y las interminables hileras de gente en espera de su ración de alimento debieron impresionar al poeta. Su obra de entonces *Aquí yace la espuma*,³⁸ y en particular el poema «En la Torre de Londres rezuma un hondo pesimismo». «El mundo se había convertido en una gran prisión –escribió más tarde de esa época–. La ‘prisión humana’ era invisible pero en varios lugares aparecían sus símbolos materiales»:

Las nubes nos vigilan, condenados
 prisionero y guardián a igual sentencia
 en la terrestre cárcel encerrados.

36. Jorge Carrera Andrade, *El tiempo manual*, p. 11.

37. Jorge Carrera Andrade, *Familia de la noche*, París, Colección Hispanoamericana, 1954, p. 36.

38. Jorge Carrera Andrade, *Aquí yace la espuma*, París, Presencias Americanas, 1950, p. 20.

«¿De qué servía nuestra tentativa de evasión si habíamos perdido la ‘llave del mundo’?». ³⁹ Pero es en su edad madura cuando compone el ya citado poemario *Libre de l'exile*. En los veinticinco poemas que lo integran hay claras referencias al exilio, ya sentido en primera persona o bien en forma definitiva, particularmente en las estrofas citadas a continuación:

Te reconozco viento del exilio
saqueador de jardines
errante con tus látigos de polvo.
Me persiguen sin tregua tus silbidos
y borras mis pisadas de extranjero.

Cada día es más isla mi morada
rodeada por la espuma de las nubes.
Cada día es más agua el horizonte
como un mar infinito con sus luces.

Inmensas extensiones del exilio
latitudes de un mar hecho de lágrimas.
Me circunda la niebla del olvido.
Cada día es más isla mi morada.

Lo fugaz, la extensión, el tiempo, el número
son los cuatro barrotes de mi cárcel
metafísica en donde doy vueltas y más vueltas
hasta cansar mis huesos ambulantes.

Como en el caso de la soledad, que el poeta extendió a todos los elementos del universo, atribuye el concepto de prisión también a los seres de la naturaleza. En el poema «El viaje» dice del mar: «prisionero infinito, entre rocas y dunas / arrastras la cadena perpetua de la espuma». ⁴⁰ En «Maravillosa, acostumbrada vida», «Sucesivamente se ponen de pie las horas armadas de campanas / y los días, entre escoltas de sombra, prisioneros». ⁴¹ *De Libre de l'exile*, es esta memorable estrofa:

39. Jorge Carrera Andrade, *Edades poéticas*, p. XXI.

40. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, p. 268.

41. *Ibid.*, p. 269.

El río va diciendo su alegría
de ser río y no árbol
atado al mismo sitio
condenado a cadena perpetua de raíces.⁴²

El soneto «Formas de la delicia pasajera» juega delicadamente con el concepto de prisión aplicado al pájaro y al fruto:

El pájaro y el fruto: forma pura
el uno de miel y flor de vuelo
el otro, en una altísima aventura
como un cáliz de plumas por el cielo.

Prisioneros los dos de su hermosura
que acaba nada más en sombra y hielo
ya gustado el tesoro de dulzura,
ya el puñado de plumas en el suelo.

Fruto cogido, inerte ave viajera,
canto y color del mundo mutilados,
formas de la delicia pasajera.

En un destino idéntico apresados,
escapar en su aroma el fruto espera
y el pájaro en sus vuelos deslumbrados.⁴³

En «Señas del Parque Sutro» afirma: «En esa prisión donde se anda libremente / no es permitido arrojar cáscaras de sueños».⁴⁴

Es claro que al hablar de la prisión Carrera Andrade no se refiere a su realidad material, sino que al juzgar la vida del hombre concluye que ésta es una «cárcel metafísica».

EL DESTIERRO

Si la obra de Carrera Andrade –como parece haberlo estado su vida– se revela transida de soledad; si el poeta descubrió que el hombre y demás

42. Jorge Carrera Andrade, *Libre de l' exile*, p. 26.

43. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, p. 334.

44. *Ibid.*, p. 339.

seres del universo vivían en el interior de una insalvable prisión, con mayor causa debió el poeta considerarse a sí mismo y en él a todos los seres humanos como desterrados. El haberse sentido solitario y confinado a prisión fueron concomitantes al hecho de que durante la mayor parte de su vida fue un exilado, en cuanto que residió fuera de su tierra natal desde 1928 en que partió por primera vez a Europa hasta 1975 en que retornó definitivamente al Ecuador. En el transcurso de esos 47 años de ausencia, dos tensiones agravaron su sentimiento de destierro: la una su apego a su familia y su amor por su patria; la otra su vocación de viajero y diplomático que lo mantuvieron permanentemente alejado de su país natal. «Las puertas de mi patria se abrieron con resonancia de celebración –dijo al regresar de su primera estancia en Europa– pero la estrella de los viajeros me llamaba inexorable desde el horizonte». ⁴⁵

Innumerables son las referencias en su obra a esta realidad de ser exilado. El crítico inglés Peter Beardsell ha compuesto un libro entero sobre el tema del destierro en la poesía de Carrera Andrade.⁴⁶ Los textos más importantes son «El extranjero» (266), «Moneda del forastero» (389) y «Libro del destierro» (541). «El extranjero» apareció en 1937 en *Biografía para uso de los pájaros* (35-36) y por tanto fue escrito durante su permanencia en el Havre que él consideró un «destierro sin amigos ni libros»:

Un territorio helado me rodea,
una zona impermeable y silenciosa
donde se apagan los ardientes signos
y su sentido pierden los terrestres idiomas.

Extensiones de plantas y ciudades
que anima solo la ubicuidad del viento,
latitud abreviada por la noche,
meridianos perdidos en el mapa del sueño.
Sin memoria de brújula ni terrestres idiomas
espoleado de cielo,
vadeando soledades como ríos,
la muda geografía del planeta atravieso.

45. Jorge Carrera Andrade, *Reflexiones sobre la poesía hispanoamericana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1987, p. 107.

46. Cfr., Peter Beardsell, *Winds of Exile*, Oxford, Dolphin Books, Co. Ltd, 1977.

Los dos poemas de «Moneda del extranjero» dan comienzo a *Hombre planetario*, libro que vio la luz en Bogotá en 1959 y fue reeditado en 1968 en Nueva York con el título de *Poesía última*.⁴⁷

Amigo de las nubes
forastero perdido en el planeta
entre piedras ilustres, entre máquinas
reparto el sol del trópico en monedas.

El sol en rebanadas alcanza para todos,
mas no llega a mis manos. Me alimento de sombras.
Impar soy. Ignorado. En mí escucho una voz:
—¿Qué buscas, extranjero, solo en medio del mundo?

Los veinticinco poemas de *El libro del destierro*, obra que ya se ha citado, son una prolongada y varia meditación en que Carrera Andrade toca diversos temas: la soledad, la esposa, la guerra en Vietnam, el viaje de los astronautas a la luna, etc. Describe usando por énfasis la anáfora: «El país del exilio no tiene árboles. / Es una inmensa soledad de arena.» ...«El país del exilio no tiene agua. / Es una sed sin límites.» ...«El país del exilio no tiene aves / que encanten con su música al viajero. / Es desierto poblado por los buitres / que esperan el convite de la muerte».⁴⁸

Interesa la composición XXI por lo que se dirá a continuación:

He llegado a este límite, este sitio
donde no crece hierba ni hay señales
de agua o flor, el país más duro y áspero.
Es límite o comienzo
madrugada o poniente
escalón al azul
trampa disimulada entre la sombra.
Es umbral de un país de manantiales
frontera del desierto y de la noche
o comarca más fértil que los bosques
y todos los jardines de la tierra.⁴⁹

47. Jorge Carrera Andrade, *Poesía última*, pp. 25-26.

48. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, pp. 544-545.

49. *Ibid.*, p. 551.

En este punto Carrera Andrade ya no está refiriéndose a su condición de desterrado de su país natal. Se trata aquí del exilio que todo hombre sufre por no vivir en un paraíso terrenal del que han sido excluidos el dolor, la enfermedad y la muerte. He tratado este tema en el «Prólogo» al libro *Relatos de un gozoso tragaleguas*.⁵⁰ Falto de fe religiosa y por tanto no esperando una vida futura más allá de la muerte Carrera Andrade imagina, como otros poetas, un paraíso de felicidad natural, «un país de manantiales... o comarca más fértil que los bosques / y todos los jardines de la tierra» frente a los cuales la vida presente es «el país más duro y áspero». En «Aurosia»⁵¹ se refiere a un «Planeta venturoso. Nuevo mundo sin fieras / ni miedo, sin vejez ni angustia de la muerte». Mayor intensidad emocional revela el poema «Comarcas lejanas» de 1963:⁵²

Acroceraunia, Aurosia, Acuarimántima
fantásticas regiones del eterno verdor
en donde no hay vestigios de la muerte
¡oh patrias suspiradas de mi ser verdadero!

¡Oh nombres que repite
mi corazón en el exilio!

De *El alba llama a la puerta*, 1966, es el breve poema «Estación penúltima»:⁵³

A mi vuelta de exóticos países
después de cada viaje
mis lágrimas derramo como Ulises
por la Itaca celeste de la luna.

Carrera Andrade expresa esa aspiración de todo ser humano a la felicidad y a la inmortalidad. La ironía existencial radica en que no se la puede satisfacer en este mundo. De ahí que siempre morará en el exilio. Concluye entonces el poeta que el hombre moderno es el «desterrado de la eternidad».

50. Cfr., Enrique Ojeda, «Prólogo» a *Relatos de un gozoso tragaleguas*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1994, pp. 15-16.

51. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, p. 398.

52. *Ibíd.*, pp. 460-462.

53. Jorge Carrera Andrade, *El alba llama a la puerta*, en *Obra poética completa*, p. 495.

¿Quiere decir con ello que no es inmortal, es decir que con la muerte termina todo? Es el sentido obvio, mas tal vez haya otro más recóndito pero no menos real. En su juventud Carrera Andrade había profesado su rechazo a «la prolongación ya insostenible del contenido ideológico del siglo XIX». Andando los tiempos la vida le había enseñado que las nuevas doctrinas no eran el antídoto para las angustias y zozobras del mundo moderno. De ahí que deplorara el que «las creencias inocentes y sencillas» hayan abandonado la tierra.⁵⁴ ¿Puede tratarse aquí de lo que Hugo Friedrich llamó la «trascendencia vacía» o sea de la ausencia de Dios? Es la alternativa que ofrece Paul Valéry en su «Carta de Mme. Émilie Teste»: «¿Será Dios, o la espantosa sensación de encontrar solamente, en lo más profundo del pensamiento, la pálida irradiación de su propia y miserable materia?». Y es lo que el filósofo ruso Nicolás Berdyaev afirma en *Soledad y sociedad*: «Un sentimiento extremo de soledad tiende a hacer que todo lo demás parezca extraño y heterogéneo. El hombre se siente a sí mismo como un extranjero, un forastero sin un hogar espiritual».⁵⁵

EL CÁNTICO DE LA UNIDAD UNIVERSAL

En su meditación sobre el hombre todavía estaba reservado a Carrera Andrade enfrentarse con el tema existencialista de la muerte. ¿No había definido Heidegger al hombre como el «ser-para-la-muerte»? Cabe preguntar qué sentido tiene ésta en la conciencia del poeta ecuatoriano. Su falta de fe religiosa no le permite creer en la resurrección, ni en una vida más allá de la muerte y así lo expresa en estos versos estremecedores que tienen un toque de *carpe diem*: «La clave de la vida está en tu mano: / Goza, aprende el lenguaje que te ofrece / el mundo elemental, después perece».⁵⁶ En el poema «Las formas pasajeras» se había referido a la efímera existencia de las cosas y termina: «¡Fugaz amor y forma pasajera! / Miseria de las cosas, pronto usadas, / sin color enseguida / muertas ya, apenas vistas o evocadas».⁵⁷ Y sin

54. Jorge Carrera Andrade, *Interpretaciones hispanoamericanas*, p. 70.

55. Citado en *Winds of Exile*, p. 150.

56. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, p. 335.

57. *Ibíd.*, p. 352.

embargo, su aspiración hacia la inmortalidad es poderosa: «Eternidad, te busco en cada cosa».⁵⁸

Ya en 1954 en «Las armas de la luz», cuya primera versión apareció en *Familia de la noche*,⁵⁹ entrevió una solución al problema de la muerte individual:

Amistad de las cosas y los seres
en apariencia solos y distintos,
pero en su vida cósmica enlazados
en oscura, esencial correspondencia
más allá de sus muertes, otras formas
del existir terrestre a grandes pasos
hacia el gris mineral inexorable.

Todos los seres de agua, tierra y aire,
especies interinas, vestiduras
mortales, sucesivas, de lo eterno.

Mas es en el conjunto de veinte poemas que tituló *Hombre planetario*⁶⁰ cuya primera edición es de 1958 donde reafirma esta su persuasión:

Eternidad, te busco en cada cosa:
en la piedra quemada por los siglos
en el árbol que muere y que renace,
en el río que corre
sin volver atrás nunca.
Eternidad, te busco en el espacio,
en el cielo nocturno donde boga
el luminoso enjambre,
en el alba que vuelve
todos los días a la misma hora.
Eternidad, te busco en el minuto
disfrazado de pájaro
pero que es gota de agua
que cae y se renueva
sin extinguirse nunca.

58. *Ibíd.*, pp. 441-442.

59. Jorge Carrera Andrade, «Las armas de la luz», en *Familia de la noche* (1954), incluido en *Obras completas*, pp. 47-48.

60. Jorge Carrera Andrade, *Hombre planetario*, en *Obras completas*, pp. 441-442.

Eternidad: tus signos me rodean
 mas yo soy transitorio,
 un simple pasajero del planeta.

El contraste entre los elementos de la naturaleza, simbolizada por la gota de agua «que cae y se renueva / sin extinguirse nunca», y el hombre, representado por el poeta: «mas yo soy transitorio» es claro y decidor: mientras la naturaleza se renueva incesantemente, el ser humano es perecedero. Pero Carrera Andrade insta una solución: identificar al hombre individual con el resto de los hombres. Este concepto había surgido ya en «Juan sin cielo» donde habló de «Juan Todos». En *Edades poéticas*, afirmó: «El hombre lleva consigo una pluralidad de seres humanos. Es él y además los otros. Pero, asimismo, es un conjunto de experiencias de otros seres y cosas».⁶¹ Estas ideas alcanzan mayor desarrollo en «Hombre planetario». Carrera Andrade se identifica con personajes de leyenda: «Fui Ulises, Pársifal, / Hamlet y Segismundo y muchos otros...».⁶² La composición final de ese poemario es la proclamación más elocuente de este íntimo convencimiento suyo: el hombre individual es perecedero pero, en cuanto forma parte de la raza humana, es inmortal:

Yo soy el habitante de las piedras
 sin memoria, con sed de sombra verde,
 yo soy el ciudadano de cien pueblos
 y de las prodigiosas Capitales,
 el Hombre Planetario,
 tripulante de todas las ventanas
 de la tierra aturdida de motores.
 Soy el hombre de Tokio que se nutre
 de bambú y pececillos,
 el minero de Europa
 hermano de la noche,
 el labrador del Congo y de la arena,
 el pescador de ostiones polinesios,
 soy el indio de América, el mestizo,
 el amarillo y negro
 y soy los demás hombres del planeta.
 Sobre mi corazón firman los pueblos
 un tratado de paz hasta la muerte.

61. Jorge Carrera Andrade, *Edades poéticas*, p. XXV.

62. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, p. 439.

Comenté a propósito de este poemario que marca la hora cenital de su autor en mi estudio *Jorge Carrera Andrade. Introducción al estudio de su vida y de su obra*:

Las vacilaciones, la incertidumbre ante su destino de hombre, las ironías contra la deshumanización de la vida moderna, el enigma del universo, todo cede al final de este poema ante la certidumbre de que el destino del ser humano es el de ser «Hombre planetario». Esta conciencia unificante es también, para Carrera Andrade, la única defensa contra la muerte individual y la sola esperanza de inmortalidad.⁶³

CONCLUSIÓN

La más superficial lectura de la obra en verso de Carrera Andrade revela que fue el cantor de cosas inanimadas, como también de los seres de la naturaleza. Una lectura más atenta puede manifestar que también fue el cantor del hombre y su destino, como se ha tratado de ilustrar en este ensayo. Cantor del hombre en términos de lamento más que de exaltación porque, para él, el ser humano es un desposeído, un solitario, un prisionero, un desterrado que «ha perdido la llave de lo eterno». Pero cantor, al fin. Vienen a la memoria los versos de Rainer Maria Rilke:

Oh, dime poeta ¿qué haces tú?
—yo alabo.
Pero esas cosas oscuras, mortales, devastadoras
¿cómo puedes sobrellevarlas?
—yo alabo
Y la Sin Nombre, más allá de toda conjetura o mirada
¿cómo puedes todavía llamarla y conjurarla?
—yo alabo.

Porque como dijo el mismo poeta en sus *Sonetos a Orfeo* «solo el Canto sobre la tierra / bendice y celebra». ❖

Fecha de recepción: 20 noviembre 2007

Fecha de aceptación: 27 febrero 2008

63. Enrique Ojeda, *Jorge Carrera Andrade. Introducción al estudio de su vida y de su obra*, Madrid, Torres and Sons, 1972, p. 330.